

Horizonte nihilista en Los viejos amigos de Rafael Chirbes

FRANCISCO JAVIER HIGUERO
Wayne State University (Estados Unidos)

Entre los escritores españoles de finales del siglo XX y comienzos del XXI cuya producción literaria merece un digno reconocimiento crítico destaca Rafael Chirbes, quien tiene en su haber novelas tales como *La larga marcha* y *La caída de Madrid*, entre otras que pudieran ser mencionadas a dicho respecto.¹ Gran parte de la temática anticipada en esas dos novelas se explicita en lo narrado a lo largo de la trayectoria diegética de *Los viejos amigos*, en donde algunos personajes que habían integrado una célula revolucionaria al final del tardofranquismo intentan reunirse con ocasión de una cena, a muchos años de distancia respecto a los acontecimientos recordados.² Los narradores homodiegéticos de tal relato, pertenecientes a dicho grupo contestatario, se van alternando cuando dejan oír sus voces, repletas de connotaciones semánticas diferentes, aunque no pueden menos de concentrarse en el recorrido sin rumbo hacia el abismo de la nada, al que absurdamente acaso se dirijan sus propias vidas, de un u otro modo, en la mayoría de los casos. Tal vez lo que había cobrado alguna relevancia política en las existencias de estos personajes haya sido superado como consecuencia de la fuerza contundente segregada por el desencadenamiento de hechos implacables, respecto a los cuales acaso no se encuentre control alguno satisfactorio. No obstante, se precisa puntualizar, desde un primer momento, el hecho de que lo acontecido a los integrantes de la célula revolucionaria, durante el tardofranquismo y posteriormente cuando sus respectivos avatares existenciales se dispersaron en diferentes pragmáticas de texto, sigue haciendo acto de presencia a través de huellas diegéticas, reflejadas en lo dicho por los personajes convertidos en narradores de la historia relatada fragmentariamente en *Los viejos amigos*. Si es cierto que el contenido de tales recuerdos parece haber sido relegado, de algún modo, a un triste pasado marchito y caduco, no lo es menos que se convierte en una huella superpuesta a otras reminiscencias que, sin estar presentes, no acaban de desaparecer por completo. La

¹ Rafael Chirbes, *La larga marcha*. Barcelona, Anagrama, 1996. Rafael Chirbes, *La caída de Madrid*. Barcelona, Anagrama, 2000.

² Rafael Chirbes, *Los viejos amigos*. Barcelona, Anagrama, 2003.

constatación de este hecho facilita la posibilidad de adoptar un enfoque crítico, en el estudio de dicha novela, propenso a seguir, en parte, parámetros deconstructores, adelantados argumentativa y teóricamente por Jacques Derrida en *La escritura y la diferencia*.³ Conviene advertir, aunque pudiera parecer redundante, que, según lo expuesto en tal escrito ensayístico, el rasgo singular de la huella proviene de la ausencia de fundamentaciones presenciales inmediatas, pues hasta el mismo concepto de origen se encuentra sometido a la constante presión de inaccesibilidad procedente de la acción ejercida por la tachadura.⁴

Desde parámetros críticos deconstructores se precisa poner de relieve que el pensamiento de la huella subvierte y desmantela la dicotomía binaria manifestada en el conflicto surgido como consecuencia de la confrontación radical entre presencia y ausencia. No debe olvidarse, a este respecto, que cualquier intento dirigido a conceptualizar dicha huella connota sincrónicamente tanto un extremo como el otro, sin apreciarse con contundencia una toma de postura definitiva a favor de sólo uno de ellos. Por otro lado, se precisa tener en cuenta que lo proyectado por ese pensamiento de la huella implica la superación de cualquier clase de lógica basada en el principio de identidad o en una estructura arborescente, poseedora de un centro fijo e inamovible. De hecho, la huella, aludida en términos teóricos por Derrida en *De la gramatología*, vendría a ser el resultado de lo que queda después de trazar una tachadura o con posterioridad a haberse borrado aquello que aparecía en la correspondiente superficie simulcral, haciéndose pasar como un resto ineludible de presencia.⁵ Ahora bien, la verificabilidad de tal huella implica, por otro lado, que la ausencia total no acaba de predominar, pues continúan produciéndose indicios presenciales, convertidos en obstáculos resistentes a desaparecer de modo completo.⁶ Prestando la debida consideración a estas aportaciones argumentativas de Derrida y de aquellos críticos familiarizados con diversas estrategias deconstructoras, las páginas que siguen aspiran a mostrar los intentos existentes, a lo largo del itinerario diegético de *Los viejos amigos*, por referirse a unos acontecimientos pasados, convertidos en huellas, no desaparecidas por completo, de una presencia quizás irrelevante, pero manifestada, sin embargo, en las ausencias notables insertas en los entornos existenciales tanto del presente como del futuro volcado sobre los supervivientes que habían integrado la mencionada célula revolucionaria dentro de unos condicionamientos sociopolíticos propios del tardofranquismo, ya a

³ Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*. Barcelona, Anthropos, 1989.

⁴ La desmitificación del asentamiento fijo en un punto de partida del que procedería cualquier tipo de argumentación, ya sea narrativa o ensayística, ha sido llevada a cabo con acuciente perspicacia por Salvador Pániker en *Aproximación al origen* (Barcelona, Kairos, 1982).

⁵ Jacques Derrida, *De la gramatología*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1971.

⁶ En *Jacques Derrida: Texto y deconstrucción* (Barcelona, Anthropos, 1989), Cristina de Peretti se refiere al hecho de que el pensamiento de la huella incorpora una lógica diferente de la basada tanto en el principio aristotélico de la no-contradicción, como en una dialéctica hegeliana, repleta, por completo, de racionalismo omnipresente.

todas luces superado. Si los acontecimientos lejanos en los que participaron dichos personajes evidenciaban cierto idealismo desencarnado y entusiasmo utópico, en el porvenir parece predominar un horizonte nihilista, en la mayoría de los casos, que no sólo es incongruente con el pasado revolucionario, sino que llega hasta mostrar una ineludible resistencia para dirigirse a la consecución de objetivo alguno, a pesar de no poder prescindir ni de las huellas dejadas ni tampoco de las tachaduras sobre ellas superpuestas.

Las ilusiones perdidas de los compañeros que habían integrado la célula antifranquista se encuentran coloreadas de tintes sombríos, melancólicos y pesimistas a lo largo del itinerario diegético de *Los viejos amigos*. De hecho, el rumbo emprendido presuntamente hacia la nada, tal y como se manifiesta en lo expresado por los narradores de la historia relatada en esta novela, es acompañado de persistentes imágenes de caída, convertidas en significantes propensos a connotar una cierta pragmática de texto orientada hacia un nihilismo que parece inevitable. La reiterada insistencia en el deslizamiento abrumador de la lluvia, a la que una y otra vez se refieren los respectivos narradores, pudiera constituirse en un ejemplo concreto de lo que Robert Liddell, en *A Treatise on the Novel*, ha denominado ambientación simbólica de un relato.⁷ Tal recurso narratológico consiste en acompañar de cerca a los acontecimientos narrados, llegando a estar estrechamente unido a ellos, de tal forma que se pierde el carácter de neutralidad del mismo. Esto es lo que, en última instancia, acaece en *Los viejos amigos*, cuando con motivo del comienzo del relato aparecen alusiones inequívocas de un malestar visceral ocasionado por la lluvia al dirigirse dos de los compañeros, Carlos y Pedro, en viaje automovilístico a la ciudad de Madrid, lugar intencionadamente elegido para la celebración del encuentro y cena programada. Al significativo de la lluvia implacable se une el recuerdo de otras imágenes de caída, tales y como son las del anochecer y la de la oscuridad, que habían favorecido todo tipo de actividades subversivas en un pasado repleto de proyecciones residuales en unos casos y despectivas en otros. Tales imágenes contaminan no sólo los condicionamientos sociales del Madrid tardofranquista, sino también la ambientación simbólica del conglomerado urbano de Denia, espacio geográfico en donde crecieron algunos de los personajes que integraron la célula revolucionaria de Madrid. Ambas poblaciones se encuentran presentadas en la historia relatada por los narradores homodiegéticos de *Los viejos amigos* tanto con rasgos propios de lo que Manuel Delgado en *El animal público* entiende por ciudad como repletas de características correspondientes al entorno denominado urbano por dicho sociólogo.⁸ Según Delgado, si la ciudad es el lugar del control impuesto a través de medidas racionalmente totalizadoras, lo urbano se correspondería con lo impredecible y resistente, de por sí, a caer víc-

⁷ Robert Liddell, *A Treatise on the Novel*. London, J. Cape, 1947.

⁸ Manuel Delgado, *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona, Anagrama, 1999.

tima de opresiones fijas y definitivas.⁹ En lo concerniente a lo relatado por los compañeros de la mencionada célula, no debe olvidarse que el desaparecido Mauricio había dejado Denia porque en ese lugar se sentía víctima de una vigilancia inesquivable, debido a la fama de comunista que sobre él había recaído. Ahora bien, no se ofrece evidencia alguna, a lo largo de la acción narrada en *Los viejos amigos*, como para poder pensar que en Madrid Mauricio escapara de un control tal vez mayor, pues no se pudo ni evitar que dicho personaje, lo mismo que sus compañeros revolucionarios, se familiarizasen con la opresión totalizadora de las cárceles tardofranquistas. Para expresarlo de otro modo, tanto Denia como Madrid proyectaban connotaciones propias de un dominio vertical, del que acaso resulte difícil escapar. Sin demostrar conocer las precisiones terminológicas formuladas por Delgado en *El animal público*, uno de los narradores de la historia relatada en la novela aquí estudiada, Demetrio Rull, alude al contraste buscado cuando abandonó Denia para irse a Madrid, aun advirtiendo, sin embargo, la similitud de ambos entornos sociales en los que sobresalen tanto las proyecciones semánticas de lo connotado por la ciudad como por el entorno de lo urbano. De la siguiente forma se expresa tal personaje visceralmente desarraigado:

... La verdad es que me vino bien salir de Denia. ¿Qué hubiera hecho allí, agazapado, culpable? Me acostumbé enseguida a la ciudad, al vértigo de subir y bajar. La ciudad es vertical, y esa sensación me atrajo: (...) La provincia impone otro ritmo sentimental, un ritmo plano, sin escaleras metálicas que descienden a tenebrosos subterráneos, ni ascensores que te trasladan hasta lugares desde donde puedes tocar los flecos más bajos del cielo (en aquel Madrid, lo más alto era el piso treinta, más o menos: los que tienen la Torre de Madrid y el Edificio Plaza, a cuya cafetería roof-garden subimos a los pocos días de llegar para ver emocionados la gran ciudad desde arriba. Luego, lo vertical se impuso en la costa, pero eso fue después. (22-23).

La relevancia de lo expresado por Demetrio al referirse al atractivo que para él supuso Madrid no deja de ser desdeñable, en modo alguno, pues con sus palabras no puede dejar de aludir a imágenes de descenso que contrastan con la verticalidad de altos edificios. Debe tenerse en cuenta que a tenebrosos subterráneos acaso conduzcan también escaleras mecánicas, propensas a dirigirse tanto en un sentido como en el opuesto. En cualquier caso, la verticalidad de los edificios implica una programación racional del entorno sociológico de la ciudad que también acabará llegando hasta la costa levantina, en donde se encontraba localizada Denia. Por otro lado, los tenebrosos subterráneos a los que se refiere Demetrio pudieran muy bien fomentar el desorden incontrolable de lo

⁹ Los planteamientos sociológicos de Delgado poseen una radicalidad e incidencia actual muy superior a la de los desarrollados por Manuel Castells en su amplia producción ensayística, acaso ya superada.

urbano que con frecuencia segrega suciedad o se inserta en un cúmulo de porquería no muy diferente del ostentado en los alrededores de la propia Denia, repletos de olores a materias orgánicas en descomposición, redes tendidas bajo las palmeras desmochadas en la explanada del puerto, acompañado todo esto de hedor a pescado podrido junto a la lonja o del olor a excrementos no limpiados. En tales circunstancias, la playa se encontraba llena de algas con insectos que saltaban entre ellas produciendo un crujido seco mientras tenía lugar una lluvia de arena. El descontrol evidenciado por tales imágenes de suciedad repelente parece corresponderse con lo observado dentro de las viviendas de algunos integrantes de la célula revolucionaria, insertas dentro del espacio urbano de Madrid. De cualquier modo, la insistencia en el recuerdo de dichos condicionamientos tristes y abominables, conjuntamente con los significantes que aluden a deslizamientos o caídas, contribuye a resaltar la ambientación simbólica de unos hechos narrados, carentes de optimismo esperanzador o de trascendencia motivadora en la mayoría de los casos. No está de más insistir en el hecho verificable de que los recuerdos relatados por los respectivos narradores homodiegéticos de *Los viejos amigos* demuestran que dichos personajes se encontraban desarraigados durante sus años de militancia revolucionaria, sabiéndose incapaces de integrarse, al menos en aquel entonces, dentro de entornos sociales llamados a prevalecer sobre idealismos marchitos y hasta contraproducentes. De semejante desarraigo, cuyos planteamientos teóricos pudieran corresponderse a lo desarrollado en algunas corrientes filosóficas estudiadas por Jacobo Muñoz en *Figuras del desasosiego moderno*,¹⁰ existen huellas, a lo largo de la historia relatada en dicha novela, sobre todo cuando abundan referencias explícitas a la apreciación de paisajes que no permanecen al ser contemplados desde la ventana de un automóvil en movimiento hacia una meta determinada. Esto es lo que le acaece a Carlos y Pedro en el viaje a Madrid y desde la visión proporcionada mediante la ventana del vehículo no pueden menos de observar lugares lluviosos, desapacibles y fríos, en los que no se integran y a los que miran sólo de paso, sin encontrarse en condiciones para poder apreciar la belleza y hermosura acaso no disimulada por debajo de ocultamientos desvirtuadores. El desarraigo congénito de tales personajes impide que sean capaces de aproximarse a la realidad desde las perspectivas estimulantes estudiadas, en términos generales y teóricos por Aurelio Arteta en *La virtud en la mirada*.¹¹

¹⁰ Jacobo Muñoz, *Figuras del desasosiego moderno. Encrucijadas filosóficas de nuestro tiempo*, Madrid, A. Machado Libros, 2002.

¹¹ Las consideraciones fenomenológicas que Aurelio Arteta se complace exponer una y otra vez a lo largo del discurso argumentativo ostentado en *La virtud en la mirada. Ensayo sobre la admiración moral* (Valencia, Pre-Textos, 2002) presuponen un adecuado conocimiento de los posicionamientos defendidos por José Ortega y Gasset cuando especialmente en *La caza y los toros* (Madrid, Espasa Calpe, 1962) y *Velázquez* (Madrid, Espasa Calpe, 1970), afirma que el desarraigo pudiera muy bien ayudar a ver el paisaje, pero en modo alguno contribuye a que el observador, víctima de dicha desviación vital forme parte de una realidad, considerada siempre extraña para él.

El paisaje que pasa y del que no forman parte Carlos y Pedro en su viaje a Madrid vendría a ser una prolongación espacial de lo acaecido con el transcurso del tiempo que tampoco se logra apresar en un presente significativo y reconfortante, siendo a su vez relegado al ámbito de ausencias manifestadas en una pluralidad de diversas y sorprendentes huellas no desaparecidas por completo, a pesar de los intentos encaminados a tacharlas de un u otro modo. Dichas huellas se ponen de relieve a lo largo de la historia relatada en *Los viejos amigos*, a través tanto de los recuerdos retenidos como de las referencias a ciertas actividades lejanas, protagonizadas por los integrantes de la célula revolucionaria. Sin embargo, se precisa no desdeñar la evolución seguida por tales personajes a través de los años cada vez más distantes de un tardofranquismo ya superado. Aquello por lo que intentaron luchar, lo mismo que el sistema dictatorial inaceptable, no parece trascender sino el ámbito de unos hechos rememorados sin finalidad relevante alguna. Dicha actitud existencial de volver al pasado fundamentalmente desaparecido, sin motivación nítida que justifique los intentos puestos por recordar lo ya superado del modo que fuere, pudiera muy bien ser una muestra más del horizonte nihilista vislumbrado en lo expuesto verbalmente por los narradores homodiegéticos de *Los viejos amigos*. La historia relatada en dicha novela no ofrece indicios justificantes ni de la vuelta al pasado, ni tampoco de una toma de postura clara y distinta frente a él. Tal apreciación crítica contribuye a diferenciar lo narrado en *Los viejos amigos* de lo expuesto diegéticamente en otras novelas contemporáneas de escritores españoles, tales como *El viaje vertical* de Enrique Vila-Matas, *El vergel* de Josefina Aldecoa, *La señorita Medina* de Adelaida García Morales o *Los compañeros* de José Jiménez Lozano, en donde también se encuentran reminiscencias de huellas temporales, aun pudiéndose apreciar la finalidad y el propósito adquirido al referirse a un pasado más o menos remoto.¹² La mencionada novela de Vila-Matas evidencia el posicionamiento de un personaje llamado Federico Mayol que rechaza, sin disimulo amortiguador, el pasado y, por eso, se traslada a un lugar lo más lejano posible del entorno espacial relacionado con los hechos desconfortantes ya rechazados inmisericordemente. En la novela de Aldecoa se trata, en parte, de conocer lo acaecido en el pasado con el mayor número de detalles posibles proporcionados por las huellas resistentes a desaparecer, a pesar de las tachaduras sobre ellas caídas. Lo narrado en la novela de García Morales parece proponerse no sólo el conocimiento de lo acaecido, sino también la búsqueda de explicaciones satisfactorias y convincentes de acontecimientos que segregan ausencias preocupantes y nunca resueltas con anterioridad de modo factible. La producción literaria de Jiménez Lozano da un paso más, comprometiéndose inequívocamente en el rechazo a un pasado inaceptable y, por tanto, en *Los compañeros* se insinúan,

¹² Enrique Vila-Matas, *El viaje vertical*, Barcelona, Anagrama, 1999. Josefina Aldecoa, *El vergel*, Barcelona, Seix Barral, 1996. Adelaida García Morales, *La señorita Medina*, Barcelona, Plaza & Janés, 1997. José Jiménez Lozano, *Los compañeros*, Barcelona, Seix Barral, 1997.

con explicitéz manifiesta, formas e indicios concretos de reparación ante las injusticias cometidas años atrás.¹³ En contraste con lo expuesto, desde múltiples focalizaciones diegéticas, en las mencionadas novelas de Vila-Matas, Aldecoa, García Morales o Jiménez Lozano, lo narrado en *Los viejos amigos* no logra ofrecer justificante palpable que favoreciera una vuelta al pasado, frente al cual existiría alguna deuda no solventada todavía.¹⁴ Lo único en que insisten una y otra vez los diversos narradores homodiegéticos de dicha novela es en el transcurso nihilista del tiempo, sin que el futuro se encuentre propenso a proporcionar perspectivistas más alentadoras que las ofrecidas por todo lo dejado ya atrás. De hecho, la creencia en la revolución, un tanto utópica, de los integrantes en la célula antifranquista, ha quedado simplemente reducida a motivo de charla intrascendente, al que se vuelve una y otra vez, sin saber la razón real de dicha insistencia. De la siguiente manera se refiere Carlos al tiempo pretérito, dejado ya atrás, a pesar de no haber obtenido éxito alguno en la consecución de los objetivos buscados, sino todo lo contrario de lo que implicaban los idealismos revolucionarios:

Son pegajosos los sentimientos de infancia, por eso uno no acaba de librarse del todo de quienes los compartieron y, por eso, forman parte de ellos: sentimientos como chicles. Infancia y adolescencia, territorios pantanosos para los sentimientos, ni la solidez de la tierra ni la blandura del agua, territorios intermedios, aunque la adolescencia es semillero de desencuentros ("no, Carlos, no se puede confiar en ti. Venderías a Lenin por una buena novela; a tu padre, si viviera, venderás," me dijo; éramos jóvenes, ya no adolescentes. No he vendido a nadie, no he vendido nada que no fueran pisos). (11)

Al aludir a los pegajosos sentimientos de la infancia que llegaron hasta la juventud, Carlos reconoce encontrarse aprisionado por un pasado estéril que, no obstante, pesa sobre él, sin verse propiciado a vislumbrar optimismo alguno en el futuro, repleto ya de connotaciones aburguesadas, intrascendentes y nihilistas. Si resulta que el pasado no condujo a nada y que la supervivencia en el futuro depende, en gran parte, de la negación de los ideales revolucionarios dejados

¹³ En la narrativa española actual se detectan posicionamientos diegéticos ante el pasado, diferentes a los adoptados en los relatos de Vila-Matas, Aldecoa, García Morales o Jiménez Lozano. Piénsese, a este efecto, en novelas de Susana Fortes, tales como *Tiernos y traidores* (Barcelona, Seix Barral, 1999), *Fronteras de arena* (Barcelona, Seix Barral, 2001) y *El amante albanés* (Barcelona, Planeta, 2003) en donde las alusiones a acontecimientos relacionados con la Segunda República y la guerra civil que siguió pudieran justificar la toma de posturas deconstructoras que subvertirían versiones predominantes, recogidas en amplios tratados de historia contemporánea.

¹⁴ La relación que pudiera establecerse entre la huella del pasado y la consiguiente deuda adquirida frente a él ha sido estudiada por Paul Ricoeur en *La lectura del tiempo pasado* (Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1999). Para obtener un esclarecimiento detallado de tal nexo hermenéutico deberían consultarse las disquisiciones racionantes de Vicente Balaguer expuestas en *La interpretación de la narración* (Pamplona, Euns, 2002).

atrás, parece no quedar alternativa alguna, sino el enfrentamiento con un nihilismo tan notable como el evidenciado por gran parte de los personajes que asistieron a la cena programada en la trayectoria diegética de *Los viejos amigos*. Esta condición existencial resulta ser de tal envergadura que ni siquiera se sabe el motivo último trazado para promover la reunión de los antiguos integrantes de la ineficaz y contraproducente célula revolucionaria. La ruptura con el pasado acaso propuesta en su juventud por los narradores homodiegéticos de la historia referida en la novela aquí estudiada, de hecho, no se produjo tal y como la buscaban. Por otro lado no resulta superfluo reconocer que tales personajes acabaron integrándose en entornos sociales y políticos más próximos a lo por ellos rechazado en tiempos pretéritos que a los anhelos revolucionarios compartidos. Para decirlo de otra forma, el lamentable desarrollo nihilista del comportamiento de la mayoría de los personajes sobre los que versa la trayectoria diegética de *Los viejos amigos* parece otorgar la razón a lo defendido ensayísticamente tanto por José Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas* como por Hannah Arendt en *Between Past and Future*, *La condición humana* y *Sobre la revolución*, al argumentar a favor del reconocimiento agradecido hacia los logros de un pasado cuyas huellas perduran con posterioridad y frente al cual existen deudas que exigen ser resarcidas.¹⁵ Si tales deudas no se solventan y simplemente se intenta eliminar el pasado, el efecto producido vendría a materializarse en existencias absurdas y sin sentido alguno, como las llevadas a cabo por gran parte de los personajes que pueblan la historia relatada en *Los viejos amigos*.

Conforme se ha observado ya, el motivo por el que intentan reunirse para compartir una cena los antiguos componentes de la célula revolucionaria en cuestión no parece consistir en el resarcimiento de deuda alguna contraída respecto a acciones pasadas. En el hipotético caso de que tales personajes dispusieran de una finalidad concreta y específica para emprender semejante celebración, podría muy bien afirmarse que el horizonte nihilista de sus existencias se

¹⁵ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa Calpe, 1996. Hannah Arendt, *Between Past and Future*, London, Faber and Faber, 1961. Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Seix Barral, 1974. Hannah Arendt, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1988.

Piensa Arendt que tanto el recuerdo del pasado, como una adecuada comprensión de éste, se encuentran ligados al presente, constituyéndose en el único modo de reparar injusticias y evitar el completo extrañamiento del mundo, sin identificarse en modo alguno con ningún vencedor, pues lo que interesa, en última instancia, es la recuperación de la memoria de las víctimas. En *Modernidad, Religión, Razón* (Barcelona, Anthropos, 1986), *Mística y política* (Estella, Editorial Verbo Divino, 1990), *La razón de los vencidos* (Barcelona, Anthropos, 1991), *Memoria de Occidente* (Barcelona, Anthropos, 1997) y *Heidegger y el judaísmo* (Barcelona, Anthropos, 1998), Reyes Mate reivindica el papel ejercido por la memoria en beneficio de seres indefensos sobre los que se han perpetrado injusticias multiseculares. Esta misma línea de pensamiento es seguida por Marta Tafalla en "Recordar para no repetir: El nuevo imperativo categórico de T.W. Adorno" (Reyes Mate y José María Mardones [eds.] *La ética ante las víctimas* [Barcelona, Anthropos, 2003, pp. 126-155]) y *Theodor W. Adorno. Una filosofía de la memoria* (Barcelona, Herder, 2003).

hubiera logrado superar, al menos en gran parte. Lamentablemente, sin embargo, tal no es lo evidenciado por la trayectoria narrativa seguida a lo largo del discurso diegético utilizado en *Los viejos amigos*, en donde a la falta de la finalidad perseguida en la celebración de la cena programada se precisa añadir la ausencia notable de algunos personajes debido a un u otro motivo. Ahora bien, tales ausencias no pueden considerarse en términos contundentes y absolutos, pues sobre ellas se superpone la presencia de recuerdos no desaparecidos por completo. Esta manifiesta yuxtaposición se materializa en una huella destructora de la dicotomía binaria formada por la confrontación exclusivista entre presencia y ausencia. Expresado de otro modo, ninguno de ambos extremos logra prevalecer, eliminando definitivamente al otro. De la siguiente forma, clara y distinta, alude Derrida en *Positions* a la función destructora tanto de presencias definitivas como de ausencias fijas, ejercida y proyectada a través de las diseminaciones semánticas provenientes de la huella¹⁶:

... no element can function as a sign without reference to another element which is not simply present. This interweaving results in each element (...) being constituted on the basis of the trace within it of the other elements of the chain or system (...) Nothing, neither among the elements nor within the system, is anywhere ever simply present or absent. There are only everywhere, differences and traces of traces. (26).

De lo expresado por Derrida se deduce que, en lugar de referirse a una oposición inevitable entre la ausencia y la presencia, cabría más bien utilizar no sólo el concepto de huella, sino también el de la diferencia, aunque no se pueda delimitar con precisión absoluta el significado poseído por ambos conceptos.¹⁷ La indeterminación semántica aquí sugerida responde, en el caso de lo relatado en *Los viejos amigos*, a la ambigüedad intencionada con que se expresan y contradicen mutuamente los diversos narradores homodiegéticos de la historia por ellos transmitida. Tales personajes, sin embargo, no pueden menos de referirse a algunos de los antiguos integrantes de la célula revolucionaria, sobre cuya ausencia se arroja la huella de los recuerdos en la mayoría de los casos. Incluso para reivindicar lo diseminado destructoramente por dicha huella, en la que convergen y se enfrentan con determinación la presencia y la ausencia, dos de los quince apartados contenidos en la historia relatada poseen como narradora homodiegética a Rita, un personaje que tomó la determinación de no asistir a la

¹⁶ Jaques Derrida, *Positions*, Chicago, Chicago University Press, 1981.

¹⁷ Expresamente Derrida rechaza cualquier tipo de estabilidad semántica proyectada por los conceptos. En algunas ocasiones dicho pensador, para evitar malentendidos desvirtuadores de lo por él explicado a este respecto, se inclina por preferir la utilización de lexemas tales como semi o cuasi-conceptos, que actuarán con notable escepticismo ante todo lo considerado, falsamente, como poseedor de evidencia irrefutable.

cena, con el fin de no tener que encontrarse con Carlos, su antiguo y despreciado marido. No deja de resultar relevante, a dicho respecto, la reiteración de Rita por poner de relieve la indiscutible diferencia existente entre ese esposo que le había abandonado y su nuevo cónyuge matrimonial, quien, a pesar de las nuevas ausencias impuestas por motivos no bien aclarados, intenta colmarla de satisfacción emuladora, haciéndola disfrutar de los deleites de una gratificante cotidianidad. La insistencia en tal tipo de gozo reconfortador vendría a deconstruir, a su vez, las connotaciones nihilistas arrojadas sobre gran parte de lo relatado en *Los viejos amigos*. No debería olvidarse que, de hecho, reflexiones relevantes sobre el nihilismo existencial, tal y como se argumenta en *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger y *El ser y la nada* de Jean Paul Sartre, se refieren a la cotidianidad como el entorno propio donde se produce y reside no sólo la alienación deshumanizadora, sino también hasta comportamientos inauténticos, repletos de miedos absurdos que pudieran llegar a paralizar cualquier tipo de acción emprendedora.¹⁸ Tal no es el caso de lo que le acaece a Rita, quien con el apoyo de Juan, su segundo marido, se las ingenia para disfrutar de una cotidianidad existencial, a la que en modo alguno pudiera calificarse de aburrida e irrelevante.¹⁹ Dicho personaje se expresa de la siguiente manera, en tales circunstancias:

No esperar grandes cosas. Vivir tranquilamente, sin más. Con Juan, eso puedo permitírmelo. Dice "Rita, vamos a la playa, vamos a comer a la playa, vamos a esquiar a Andorra o a La Molina este fin de semana." Y vamos, alquilamos unos esquís y pasamos el fin de semana resbalando en la nieve, o metidos en la habitación. Yo le compro al Chino un poco de chocolate y me lo llevo y fumamos en la habitación del hotel por la noche, antes de follar, o fumamos tumbados encima de la nieve, con nuestros trajes isotérmicos, sentir que nos embriaga el hach y ver los pinos y abetos oscuros bajo el caparazón de nieve, y la tierra entera cubierta por ese caparazón como la cáscara de un huevo cubre clara y yema, imaginar que de-

¹⁸ Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951. Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada, 1950.

¹⁹ Frente a concepciones despectivas de la cotidianidad detectadas en muestras diversas de escritura existencialista, existen tendencias culturales recientes, interesadas en valorar semánticamente las acciones que integran la vida de cada día. Tales aproximaciones axiológicas se encuentran evidenciadas en los racionales argumentativos de Javier Sádaba expuestos en *Saber vivir* (Madrid, Ediciones Libertarias, 1984) Amando de Miguel en *Introducción a la sociología de la vida cotidiana* (Madrid, Edicusa, 1969), *La vida cotidiana de los españoles en el siglo XX* (Barcelona, Planeta, 2001) y *Cuando éramos niños* (Barcelona, Plaza & Janés, 2001), Carlos Díaz en *Intensamente, cotidianamente* (Madrid, Ediciones Encuentro, 1983) y Manuel Sánchez Cuesta en *Ética para la vida cotidiana* (Madrid, Ediciones del Orto, 2003), sin olvidar las aportaciones filosóficas de alto nivel elaboradas con meticulosidad, rigor y precisión por Marcelino Agís Villaverde en "Hermenéutica de la vida cotidiana," (Marcelino Agís Villaverde y Carlos Baliñas Fernández [eds.] *Pensar la vida cotidiana*, [Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2001, pp. 11-24]), lo mismo que por Carlos Baliñas Fernández en "La vida cotidiana, plataforma de despegue de la filosofía." (Marcelino Agís Villaverde y Carlos Baliñas Fernández [eds.] *Pensar la vida cotidiana*, [Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2001, pp. 91-108]).

bajo de la nieve hay esporas, semillas, que hay un calor que está germinando secretamente, para que nazcan hierbas, flores cuando llegue la primavera, vida por debajo del hielo. (145).

De dicha intervención de Rita se desprende que este personaje es capaz de integrarse en unos condicionamientos existenciales abocados al disfrute de placeres desinteresados, sin ningún horizonte de sentido similar a los que parecía buscar Carlos, su anterior cónyuge matrimonial. De hecho, una de las razones por las que Rita se sentía insatisfecha respecto al comportamiento de su primer marido radica en que este personaje proyectaba una impresión de lejanía y hasta de ausencia congénita, frente a los placeres inmediatos proporcionados por una genuina cotidianidad gratificante. Ahora bien, en contraste con el sentido de la existencia al que aspiraba Carlos, tratando de vislumbrarlo en un presunto futuro liberador considerado como meta puesta para ser alcanzada, la vida compartida entre Rita y Juan no precisa de ningún horizonte al que dirigirse. El disfrute del momento presente es tal en estos dos personajes que no demuestran ostentar inquietud alguna hacia un futuro todavía inexistente. Dicha ausencia de horizonte pudiera proyectar connotaciones nihilistas, aun sin ofrecer en modo alguno los indicios perturbadores, provenientes de aquellos vacíos que penetraban insistentemente la cotidianidad alienadora de Carlos. Para decirlo de otra forma, el primer marido de Rita se sentía afectado por un nihilismo atormentador que acompañaba, de modo irremediable, a su existencia inmediata. En consecuencia, este personaje no disfrutaba, en modo alguno, de los placeres que pudieran provenir de su propia cotidianidad, pues se encontraba siempre deseando algo que no poseía y que tal vez fuera hasta utópico.²⁰ Por el contrario, Rita y Carlos sabían muy bien alegrarse con lo proporcionado por las circunstancias que les rodeaban. Si hubiera que aludir a algún tipo de nihilismo, éste quedaría postergado a un futuro todavía inexistente. Ahora bien, se precisa puntualizar todo esto advirtiendo que el desarrollo de la trayectoria narrativa seguida en *Los viejos amigos* pone de relieve también la frustración del propio Carlos al tener que reconocer su incapacidad fáctica para el ejercicio de la escritura, pues, aun separado ya de Rita, llevaba mucho tiempo sin realizar su vocación y sin conseguir meta liberadora alguna. En consecuencia, el nihilismo, antes contenido en la cotidianidad inmediata de Carlos, ha conseguido invadir hasta el futuro, eliminando el desarrollo de un horizonte inspirador de sentido.

De una lectura detenida de la historia referida en la novela aquí estudiada se desprende que el estado de desolación y abatimiento, característico de la existencia de Carlos, se hace extensivo a gran parte de los personajes con los

²⁰ El conflicto procedente del deseo, cuando por todos los medios disponibles se intenta apresar, con más o menos éxito, aquello a lo que se aspira, ha sido estudiado por Eugene Goodheart en *Desire and Its Discontents* (New York, Columbia University Press, 1991) y Andrew J. McKenna en *Violence and Difference. Girard, Derrida, and Deconstruction* (Chicago: University of Illinois Press, 1992)

cuales consigue relacionarse, tanto si éstos llegan a asistir a la cena programada sin fin alguno, como si no. Conforme se ha advertido, la ausencia de motivaciones que otorguen sentido a las cotidianidades respectivas y al futuro de estos personajes es casi total en la mayoría de los casos. Únicamente el comportamiento desprendido y espontáneo de Rita y Juan parece haber agrietado, en sus circunstancias inmediatas, al nihilismo amenazante. Por otro lado, no debe olvidarse que la presencia de los integrantes de la familia Guzmán, incluyendo a marido, mujer e hijos, deconstruye el vacío existencial arrojado sobre el resto de los personajes. No obstante, a diferencia de lo evidenciado en las existencias respectivas de Rita y Juan, la familia Guzmán no se limita a disfrutar de los placeres de una cotidianidad inmediata, sino que también demuestra poseer una inquietud manifiesta por mejorar el futuro no sólo a nivel individual, sino sobre todo desde una perspectiva colectiva y global. Tales convicciones acaso se enlacen con las metas utópicas que habían compartido los integrantes de la mencionada célula revolucionaria en los tiempos del tardofranquismo, aun sin olvidar los incuestionables logros económicos obtenidos. De hecho, Guzmán, su mujer y sus hijos demuestran pertenecer a una clase social pudiente, muy superior a la de los demás asistentes a la cena programada. Desde tal posicionamiento financiero se recogen las ilusiones e ideales juveniles, proyectando una cierta esperanza y optimismo que, de alguna forma, subvirtiera el horizonte nihilista del resto de los personajes, abocados a sucumbir ante las demandas irracionales de existencias vacías, solipsistas, cerradas sobre sí mismas y sin motivaciones significativamente alentadoras.

A la hora de recapitular brevemente lo que precede conviene insistir en el hecho de que los numerosos motivos deconstructores que se reiteran con insistencia en la trayectoria diegética de *Los viejos amigos* contribuyen a enfatizar con explicitéz manifiesta un nihilismo tan negativo que hasta pudiera ser calificado de intrascendente. Para decirlo de otro modo, no se detecta sentido alguno de tragedia en la frustraciones de todo tipo experimentadas por la mayoría de los personajes que desfilan por el itinerario narrativo de dicha novela. Acaso el desarraigo inicial compartido en los tiempos pasados de pertenencia a la célula revolucionaria ha podido contribuir a la adopción de posturas y comportamientos existenciales que impiden, de por sí, el tomarse en serio nada de lo acaecido, independientemente de las respectivas circunstancias que acompañen a los hechos en cuestión. No obstante, conviene también tener en cuenta que tal desarraigo nihilista volcado sobre el transcurso del tiempo narrado a lo largo de la historia relatada en *Los viejos amigos* en modo alguno es absoluto ni tampoco total. El carácter deconstructor del discurso diegético con el que se expone dicha historia impide, de por sí, sacar conclusiones definitivas y fijas, deducidas de lo observado o acontecido previamente. Antes por el contrario, la ausencia notable de determinismo en el desenlace de los acontecimientos narrados además de impedir que el nihilismo existencial de los personajes pueda ser conside-

rado trágico, obstaculiza seriamente cualquier pretensión esencialista y generalizadora, encaminada a proyectar interpretaciones contundentes e inamovibles sobre lo relatado en *Los viejos amigos*, novela considerada ya y no sin acierto como muestra ejemplar de un tipo de narrativa posmoderna, que se encuentra en plena consonancia con notables corrientes de pensamiento insumiso y subversivo en vigor, indudablemente, al comienzo del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

- AGÍS VILLAVERDE, MARCELINO (2001). "Hermenéutica de la vida cotidiana" en AGÍS VILLAVERDE, Marcelino y BALIÑAS FERNÁNDEZ, Carlos (eds.) *Pensar la vida cotidiana. Actas III Encuentros Internacionales de Filosofía en el Camino de Santiago. 1997*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 11-24.
- ALDECOA, JOSEFINA R. (1996). *El vergel*. Barcelona: Seix Barral.
- ARENDT, HANNAH (1961). *Between Past and Future*. London: Faber and Faber.
- ARENDT, HANNAH (1974). *La condición humana*. Barcelona: Seix Barral.
- ARENDT, HANNAH (1988). *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza.
- ARTETA, AURELIO (2002). *La virtud en la mirada. Ensayo sobre la admiración moral*. Barcelona: Pre-Textos.
- BALAGUER, VICENTE. (2002). *La interpretación de la narración. La teoría de Paul Ricoeur*. Pamplona: Eunsa.
- BALIÑAS FERNÁNDEZ, CARLOS. "La vida cotidiana, plataforma de despegue de la filosofía" en AGÍS VILLAVERDE, Marcelino y BALIÑAS FERNÁNDEZ, Carlos (eds.) *Pensar la vida cotidiana. Actas III Encuentros Internacionales de Filosofía en el Camino de Santiago. 1997*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 91-108.
- CHIRBES, RAFAEL (1996). *La larga marcha*. Barcelona: Anagrama.
- CHIRBES, RAFAEL (2000). *La caída de Madrid*. Barcelona: Anagrama.
- CHIRBES, RAFAEL (2003). *Los viejos amigos*. Barcelona: Anagrama.
- DELGADO, MANUEL (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- DERRIDA, JACQUES (1971). *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- DERRIDA, JACQUES (1981). *Positions*. Chicago: Chicago University Press.
- DERRIDA, JACQUES (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- DÍAZ, CARLOS (1983). *Intensamente, cotidianamente*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- FORTES, SUSANA (1999). *Tiernos y traidores*. Barcelona: Seix Barral.
- FORTES, SUSANA (2001). *Fronteras de arena*. Barcelona: Seix Barral.
- FORTES, SUSANA (2003). *El amante albanés*. Barcelona: Planeta.
- GARCÍA MORALES, ADELAIDA (1997). *La señorita Medina*. Barcelona: Plaza & Janés.
- GOODHEART, EUGENE (1991). *Desire and Its Discontents*. New York: Columbia University Press.
- HEIDEGGER, MARTIN (1951). *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- JIMÉNEZ LOZANO, JOSÉ (1997). *Los compañeros*. Barcelona: Seix Barral.
- LIDDELL, ROBERT (1947) *A Treatise on the Novel*. London: J. Cape.
- MATE, REYES (1986). *Modernidad, Religión, Razón. Escritos desde la democracia*. Barcelona: Anthropos.

- MATE, REYES (1990). *Mística y política*. Estella: Editorial Verbo Divino.
- MATE, REYES (1991). *La razón de los vencidos*. Barcelona: Anthropos.
- MATE, REYES (1997). *Memoria de Occidente. Actualidad de pensadores judíos olvidados*. Barcelona: Anthropos.
- MATE, REYES (1998). *Heidegger y el judaísmo. Y sobre la tolerancia compasiva*. Barcelona: Anthropos.
- MCKENNA, ANDREW J. (1992). *Violence and Difference. Girard, Derrida, and Deconstruction*. Chicago: University of Illinois Press.
- MIGUEL, AMANDO DE (1969). *Introducción a la sociología de la vida cotidiana*. Madrid: Edicusa.
- MIGUEL, AMANDO DE (2001). *La vida cotidiana de los españoles en el siglo XX*. Barcelona: Planeta.
- MIGUEL, AMANDO DE (2001). *Cuando éramos niños*. Barcelona: Plaza & Janés.
- MUÑOZ, JACOBO (2002). *Figuras del desasosiego moderno. Encrucijadas filosóficas de nuestro tiempo*. Madrid: A. Machado Libros.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ (1966). *La rebelión de las masas*. Madrid: Espasa Calpe.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ (1962). *La caza y los toros*. Madrid: Espasa Calpe.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ (1970). *Velázquez*. Madrid: Espasa Calpe.
- PÁNIKER, SALVADOR (1982). *Aproximación al origen*. Barcelona: Kairos.
- PERETTI, CRISTINA DE (1989). *Jacques Derrida: Texto y deconstrucción*. Barcelona: Anthropos.
- RICOEUR, PAUL (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- SÁDABA, JAVIER (1984). *Saber vivir*. Madrid: Ediciones Libertarias.
- SÁNCHEZ CUESTA, MANUEL (2003). *Ética para la vida cotidiana*. Madrid: Ediciones del Orto.
- SARTRE, JEAN PAUL (1950). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada.
- TAFALLA, MARTA (2003). "Recordar para no repetir: El nuevo imperativo categórico de T.W. Adorno," en MATE, REYES y MARDONES, JOSÉ MARÍA (eds.) *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthropos, pp. 126-155.
- TAFALLA, MARTA (2003). *Theodor W. Adorno. Una filosofía de la memoria*. Barcelona: Herder.
- VILA-MATAS, ENRIQUE (1999). *El viaje vertical*. Barcelona: Anagrama.